

En Madrid, capital de todo, la industria española de productos fílmicos organizó su gala anual. A la hora marcada por la pastora de la majada, la manada llegó puntual. En la vestimenta de unos y otras, y en las sonrisas, los besos y abrazos por el encuentro, y las miradas que se intercambiaban, se adivinaba el negocio de los modistos y sastres y el esfuerzo por mantener escondidas las envidias y la competencia profesional soterrada entre ellos y ellas. Todo un ejercicio de saber conocer el oficio que exige el *star system* de actor y actriz, que después no se refleja en los productos fílmicos que producen. Y por los alrededores, discretamente como buenos profesionales de mantener el orden público, se adivinaba la presencia de los perros que guardaban la finca donde se iba a celebrar el fastuoso encuentro.

A la hora convenida, como si de una obra teatral se tratase, comenzó el espectáculo. Reglas y advertencias fueron distribuidas para que los premiados se olvidasen de sus conocidos, amigos y familiares en las dedicatorias; se rogaba mantener las intervenciones breves, con dedicatorias cortas. Nadie mejor que el que presentaba, premiado varias veces en esta feria, conocía las debilidades, o los excesos verbales de sus compañeros y compañeras. También adelantó que esta vez la gala tendría un tono más jocoso que de reivindicación política.

En un rancio estilo *a lo holywod*,¹ comenzaron las entregas y los correspondientes discursos. Nadie se sujetó al guión normativo, a pesar de ser gente que trabaja con guionistas. Repitieron la vulgaridad de siempre: a mi mujer e hijos, a mi familia, amigos, vecinos, productores y, por descontado, al director que me ha dado la oportunidad de trabajar con él; uno de los actores galardonados hasta vestía como el patriarca. Todo un alarde de vulgaridad y manido agradecimiento a la santa madre, la santa esposa, el santo director, etc. Bueno, hay que destacar que algunos fueron más generosos: se acordaron de los familiares de los que venden en los *top mantas*, y para aprovechar el denunciar la piratería que ejercen: se ve que para este grupo de ‘artistas’, los inmensos beneficios que hacen los patronos de las empresas *no piratas* a expensas del consumidor son muy loables; se olvidan que las patentes son el instrumento legal por el cual unas pocas transnacionales se apropian del saber general y colectivo. Quién paga manda.

Donde si cumplieron con el guión, fue en la promesa de no hacer crítica política, algo que no concuerda con las declaraciones de la presidenta de la Academia de cine español que dijo que “la obligación de un artista es denunciar”. Claro, en medio de todos ellos, le habían hecho un hueco al presidente del Gobierno, a su esposa y a la ministra de cultura. Un mes más tarde nos enteraríamos por los mismos medios que por tal atención recibirían una suculenta subvención de 100 millones de euros por la cuota televisiva. Y también del convenio con el ministerio de Cultura de que las películas goyarizadas serán difundidas en las sedes que tiene el instituto Cervantes en 28 países. Todo un detalle por parte del poder político.

Totalmente de acuerdo, pero ninguno de los artistas (cantantes, bailarines actores y actrices de teatro y cine, etc.) tiene en cuenta su opinión. Dos ejemplos: 1) como una manada de ovejas, todos acudieron a la llamada del poder para participar en el Forum de Barcelona 2004; y como tales borregos, siguen participando, supongo que ‘desinteresadamente’, en la campaña por el sí al referéndum europeo: en esta última ya han hecho su presencia personajes como LE. Aute, A. Boadella, E. Butragueño, J. Cruiff, Luis Del Olmo, Forges, Iñaki Gabilondo, A. Gala, Loquillo, Máximo, Marisa Paredes, Miguel Ríos,

¹ Copiar la feria comercial de *los oscar*, ¿no es un acto de piratería?